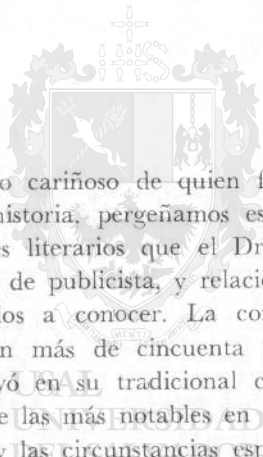


# Los seudónimos en la iniciación literaria de Ricardo Levene

por

VICENTE OSVALDO CUTOLO

---



Con el recuerdo cariñoso de quien fuera nuestro primer maestro en el aprendizaje de la historia, pergeñamos este breve artículo con el objeto de estudiar los nombres literarios que el Dr. Ricardo Levene usara en los comienzos de su labor de publicista, y relacionarlo con el espíritu que lo animó cuando fueron dados a conocer. La consulta de la colección de recortes periodísticos que, en más de cincuenta volúmenes se conservan en la rica biblioteca que poseyó en su tradicional casa de la calle Virrey Melo, reconocida como una de las más notables en materia histórica, ha permitido descubrir los motivos y las circunstancias especiales que lo rodeaban. Pero, cosa singular: todos los seudónimos que usó abundantemente, corresponden a los años 1902-1903, fecha auspiciosa que marca la de sus comienzos literarios. Recordemos que Ricardo Levene tenía, en esa época, diecisiete años, en los que daba cauce a sus preocupaciones de adolescente "envuelto por el manto halagador de la esperanza".

Hasta ahora ignorábamos que Levene hubiera usado tantos seudónimos —los cuales vamos a estudiar seguidamente—, y los conocemos gracias a la *Bibliografía* redactada por Ricardo Rodríguez Molas, que se publicó en la edición de sus *Obras* (t. I), a cargo de la Academia Nacional de la Historia. Hermoso homenaje dedicado al maestro, que la dirigió por tantos años con un entusiasmo inigualable, y convertido en vigía atento, al despertar de cada día, desde su mesa de trabajador, esperando la luz que lo iluminara, como lo reproduce la vera efigie de la Academia armoniosamente orlado con la sentencia latina: *Lucem Quaerimus*.

Pueden reconstruirse con facilidad los años de iniciación de Levene, hijo de un virtuoso hogar de padres italianos, que lo formaron en la disciplina del trabajo. No olvidemos, quienes hemos gozado de su consejo y de su compañía, que Levene anduvo en la vida, gracias a su perseverante y tesonero esfuerzo, y que esa condición constituyó su contraseña de erudito, mantenedora del éxito constante. Aunque no solía recordar a menudo los años mozos, que ahora reconstruiremos, merced a los datos que nos suministrara Arturo Capdevila, editados en su *Elogio*, en cambio, solía hacerlo con sus estudios universitarios realizados con tanto sacrificio. Sobre todo le oíamos hablar de sus maestros, a su paso por la Universidad de Buenos Aires. Por él, supimos de la labor que desarrollaba el doctor Juan Agustín García, pensador originar que sabía reunir en rara excepción, las calidades difíciles del historiador y del sociólogo, del investigador y del expositor brillante y meduloso. Nos decía, que aquél no trataba a sus alumnos, con la amistad y el calor que Levene imprimía en sus diálogos. “Acercarse al doctor García en la Facultad de Derecho”, era una empresa difícil. Y así, como hablaba con entusiasmo de Juan Agustín García, nos habló de los antecesores que habían ilustrado la cátedra de Introducción al Derecho en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, como Juan José y su hijo Manuel Augusto Montes de Oca, como también nos refería el modo de tomar exámenes y las clases, que proporcionaba aquel maestro que imprimió acertadas reformas a la enseñanza de la materia, llamado Carlos Octavio Bunge. Explicaba que Bunge desde su difundido libro “*El Derecho*”, publicado en 1907, pero bajo otro título por aquel entonces —con el que se nutrieron numerosas generaciones— acentuaba la fase filosófica de la orientación alemana, y en parte, la metodológica de las universidades francesas, desarrolladas a partir de Gény, reduciendo acusadamente la fase enciclopédica. Por él, conocimos la labor de Rodolfo Rivarola, Juan Antonio Bibiloni, Alfredo Colmo, Raymundo M. Salvat, Ernesto Quesada, Estanislao Severo Zeballos, Alejandro Korn, Giuseppe Ingegneros (seud.: José Ingenieros), Eduardo Bidau, y tantos hombres, que dieron lustre al pensamiento nacional.

Arturo Capdevila en *Elogio a Ricardo Levene*, notable página salida de su pluma galana y castiza, que no resistimos en transcribir, dice que siendo joven debió trabajar primero en la docencia, mientras daba exámenes en la Universidad. Y reconstruye sus años mozos del modo siguiente: “Muy joven, y a fin de reunir algunos recursos para afrontar sus gastos de estudiante, hubo de aceptar un cargo de maestro de escuela en una villa bonaerense, de cuyo nombre es mejor no acordarse”. En verdad, como expresa Capdevila, la villa que ya comenzaba a deslumbrar en el mapa geográfico de la Provincia de Buenos Aires, era la ciudad de Azul, presentándonos su silueta física como la de “un adolescente delgaducho, endeble, casi enfermizo”, mientras le brillaba la resolución en los ojos, espejo de su alma buena y generosa.

Capdevila narra su estada en la ciudad de Azul. Dice que: “En la villa, donde por la tarde del domingo no había más recreo que el de acudir a la plaza a ver pasearse a las niñas, o acaso el café de la más elegante esquina, para tratar de reorganizar el mundo, con los amigos como a tal edad se estila,

cumplía estrictamente sus deberes el forastero. Desde la pieza nada holgada, que habitaba en el piso alto de una casa de pensión, solía distraerse el mozo contemplando a ciertas horas, no lejos, en amplio local abierto, el armonioso espectáculo de una clase de gimnasia al aire libre. Era un cierto maestro Castro, de férrea musculatura, el que dirigía aquellos saludables ejercicios que nuestro débil joven presenciaba con encanto, horror de cualquier cuidado y más del de imaginar que a corto plazo habría de surgir entre él, tan menudo, y aquel hombracho tan recio, la terrible contingencia de un «casus belli».

A cien leguas —prosigue el doctor Capdevila—, estuvo de imaginarlo el joven, cuando en la mesa del café se comprometió con el director del único periódico de la localidad, a escribir en él, notas editoriales gratuitas. Con ello, sin embargo, habría de vulnerar nada menos que al gimnasta de los potentes brazos y formidables manazas. Así precisamente era. Este jayán agregaba a sus actividades musculares las de periodista, y a los emolumentos del gimnasio la asignación, que percibía como autor de unas notas, de que ahora venía a desplazarlo Ricardo Levene... Pero Levene ignoraba todo esto a carta cabal. Se complacía, antes bien, en la muelle satisfacción de saberse editorialista, leído y admirado en la floreciente aldea. Estaba —dicho con más exactitud—, imbuido de la respetabilidad que le confería su doble condición civilizadora de maestro y sembrador de ideas. A Dios gracias —filosofaría— la era ruda de los caudillos sin ley y de la caótica barbarie había concluido como un mal sueño, y no quedaba en la Argentina quien no participase, desde el magnate al humilde, de estos salvadores principios. Así conjeturaba el confiado muchacho. De modo que, cuando, como a las dos semanas de su iniciación de publicista, sintió una noche, hacia las diez, al tiempo de disponerse al descanso, que alguien subía los crujientes pedaos de su escalera y que ese mismo llamaba luego a su puerta con los nudillos, se figuró que fuese acaso algún importante vecino, que quisiera confiar a su competencia algún problema vital de aquel medio. Pero, no. No era eso. Quien venía era Castro, y no manso y cordialmente persuasivo, sino resoplando ira, con el furor en los ojos y la rabia en el pecho. Conque, apenas le abrió Levene, le espetó el otro, sin gastar ni el comedimiento de un saludo: —Vengo a decirte lo siguiente, so intruso. Desde que has venido a este pueblo me estás perturbando. Por culpa de tus artículos, ya no salen los míos, que algún dinerito me daban. Y esto no va a quedar así. Como vuelvas a escribir una sola nota más, puedes estar seguro de que, a esta misma hora, vendré y te romperé las costillas. Te dejo enterado. Y el hombracho, formalizada la notificación, dio un portazo y se marchó.

El destino tiene de estas pruebas —comenta finalmente Capdevila—. Siempre hay uno de estos fantasmones que se nos cruza en el camino en averiguación de nuestra real fortaleza de ánimo. ¿Qué hará el mozo? El mozo, al día siguiente, hace dos cosas que son las que corresponden: escribe una nueva nota para la hoja de marras, y adquiere, en miras de equilibrar sus pobres fuerzas con las tremebundas de Castro, una manopla o puño de hierro. Y a ver qué pasa.

El artículo aparece, transcurre el día, entra la noche, se recoge en su habitación el pensionista, y esta el reloj dando las diez, cuando crujen las tablas de la escalera. Es Castro que sube. Y un instante después es Castro que golpea la puerta. Levene abre. Y entre el hombrachón y el joven se trabó el combate; un combate del que ambos salen ensangrentados. Pero, en realidad, hay un vencedor: Ricardo Levene. Vencedor por haber desoído el ultimátum del ogro. Vencedor por haberlo esperado a pie firme. Ricardo Levene es, sin disputa, el vencedor. Y el destino, honradísimo como siempre, y nunca ciego ni casual, le otorga su salvoconducto. Con ese salvoconducto que se extiende, de una vez y para siempre, ha llegado Levene hasta todo lo que es”.

Su estada en Azul duró pocos meses, y allí, aparte de trabajar como maestro primario en un establecimiento particular, el Instituto Popular de Enseñanza, continuó publicando artículos periodísticos en “*El País*”, pequeño diario de la Villa, ya como editorialista u oculto bajo el seudónimo de *Fray Ricardo*, que lo identificaba convenientemente. Esos artículos son los que le habían deparado el combate personal, que hemos narrado, con el celoso colega del forastero que lo desplazó del favor de los lectores. El episodio de cuya narración solía solazarse Levene, lo recogió el doctor Capdevila en el mencionado *Elogio*, cuya parte sustancial hemos reproducido.

En 1902, comenzó a hacer sus primeras armas literarias en *El Pensamiento*, que creemos fuera editado en Buenos Aires, donde empleó los seudónimos de *Idealista*, *Juan del Arce Bueno*, *La Dirección* y *Remember*.

Superada aquella etapa afectiva, su pluma discurrió sobre la *Huelga estudiantil* (15-V-1903), tema que preocupaba hondamente en los ámbitos universitarios de Buenos Aires, y que suscribió con la firma de *Estudiante*.

Sendas colaboraciones suyas se encuentran disimuladas por el mentado *Fray Ricardo*, su *nom de plume* más usado. Con él, escribió sobre las *Lenguas Vivas, cómo debe ser su enseñanza* (23-VI-1903), se ocupó, además, de *Las minorías*, en *El Derecho*, de Mercedes (Prov. de Bs. As.), y de *La Inmigración*, en *La Argentina*, periódico de Buenos Aires. Esta última colaboración se encuentra datada el 1º de mayo de 1903, fecha significativa en los comienzos del Derecho laboral en la Argentina. Después formó un complicado seudónimo *Rilecarvedone*, que logró por haber intercalado su nombre al apellido, y que usó para escribir sobre *El Capital extranjero*, en *La Argentina*, en los meses de mayo y junio del mismo año. También usó su alfónimo en artículos salidos en *La Acción Cívica*, y que ha de emplear en el resto de su vida de inquieto y fecundo publicista. En *La Argentina*, acostumbró firmar otros artículos con *Ricardo L.* y *Don L.*, habiendo dado cabida en esas columnas bonaerenses a *La moneda sana, El papel moneda por la moneda de papel* (9 de junio) y *Despoblación de los territorios nacionales* (14 de julio de 1903). En el resto del expresado año, usó el seudónimo de *Marola* para escribir sobre *Comercio Internacional*, y el de *Don Nevele* lo empleó con motivo de la iniciación del período legislativo, en el que trazó con espíritu de opositor un bosquejo de la situación general del país.

El académico don Carlos Heras, que recordó la personalidad del maes-

tro y amigo, en una luminosa biografía en la que refleja con acierto su múltiple actividad, anota con justeza que tales temas los volvió a tratar más tarde, cuando tuvo responsabilidad directiva, preferentemente los vinculados a la necesidad de intensificar la enseñanza de las lenguas vivas y clásicas.

A partir de 1904, Ricardo Levene entra en la senda ancha de la Historia, con su nombre y apellido —al que sabrá darle su importancia—, para mostrar las múltiples facetas de su rica personalidad, que ya comenzaba a deslumbrar a su paso por la Universidad de Buenos Aires, en el periodismo nacional, en la docencia, en las luchas cívicas, en el teatro, y en la redacción de libros de textos, que lo harán famoso. ¡Usted, estudió por Levene!

Hemos recordado los seudónimos utilizados por él, en los años 1902 y 1903, y las circunstancias que concurrieron en ese largo camino de piedras blancas que posibilitaron la voluminosa obra intelectual, que nos ha dejado. El rodar de los sucesos, la oportunidad de otros factores, dieron a sus seudónimos una fisonomía propia, tan enérgica y brillante como la del hombre de carne y hueso, que pasó junto a nosotros marcando su superioridad. ¿Es que acaso *Fray Ricardo*, *Don Ricardo*, *L.*, *R. L.* o *Don Nevele*, no eran seres tan vivos y originales como Ricardo Levene?



USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR